

que por lo demás confiaba en el valor de sus tropas (1). Comenzáronse las prisiones y deportaciones por los ciudadanos, contra quienes había resentimientos personales (2); con lo cual la autoridad, pensando intimidar irritó, y mientras perseguía á sus enemigos, temblaba ante aquel pueblo que oponía á sus persecuciones la amenaza del silencio y de la abnegación, y en el cual hasta la alegría tomaba un aire amenazador (3). El martirio se venera, pero no se predica; ¿y qué hombre honrado tomaría sobre sí la responsabilidad de lanzar al país en el terrible experimento de una insurrección? Sin embargo, la paciencia cesa cuando concluye la esperanza, y llega una hora para las naciones en que el deber de la fidelidad cede ante el derecho de conquistar la seguridad que ya no se encuentra en el orden establecido. Esta hora la Providencia la hace resonar inevitablemente.

Hablábase entretanto con provocadora ostentación de nuevas tropas enviadas á Italia, de saqueos prometidos, de bombardeos al menor síntoma de agitación: y á la verdad, resuelto el gobierno austríaco á reprimir el movimiento con la fuerza, debió preparar las tropas para ello (4), pues que se sentía en la atmósfera el

(1) La mano y el corazón de Fernando se muestran mejores en la proclama que tres meses después dirigía á los habitantes de Viena, diciendo: « Las diputaciones de todas las provincias han reconocido que en las memorables jornadas de » Marzo previne sincera y solemnemente y con verdadera » satisfacción los deseos de mi pueblo, concediéndole una » constitución que considero como el acto más satisfactorio » de toda mi vida. »

(2) Uno de ellos fué el autor de esta obra.

(3) El conde de Filquemont, general y ministro de Estado, y después de negocios extranjeros, dió á luz, en 1852, una obra sobre las victorias de 1848 (*Lord Palmerston, l'Angleterre et le Continent*), curiosa como todo lo que da á conocer algún tanto una revolución tan extraña como la de Viena. Pues él asegura que el gobierno central no tenía noticia alguna de los males del reino lombardo-veneto; le culpa de haber guardado silencio: « Produjo mal efecto este silencio; porque en Viena se consideraba la falta total de representación como una prueba del consentimiento completo del país en el modo con que se le gobernaba. Se contaba con una entera seguridad sobre la posición de Italia... ¿Cómo habría podido hacerse justicia á los cargos, no habiendo aun sido jamás formulados de un modo legal, y siendo verdaderamente desconocidos del gobierno central? En esto hay una prueba más de lo peligroso que es para un país verse las instituciones reducidas á ser meras formas. No bastan apariencias al gobierno de los pueblos. » Ignoro lo que haya de verdad en semejante aserto; me parece sin embargo que puede sacarse de él una lección muy importante.

Pero en aquel mismo libro, y en 1852, es decir, á lo que eran más inexorables los rigores del Austria, Filquemont la incitaba contra Manin y Cantù, diciendo que « si se debe ser indulgente con los hombres extraviados, no es posible la misma indulgencia con los que seducen, corrompen y arrastran. » Y en esto se echa á hablar de un discurso de Cantù pronunciado en el congreso científico de Viena y de las acaloradas demostraciones con que fué acogido, concluyendo así: « Fué un acontecimiento aquel movimiento. Desde aquel día entró plena y abiertamente Viena en las sendas de la Revolución que se estaba preparando para la Italia entera. »

Es de notar que el hecho, que él da como capital, no está ni tampoco indicado por los acostumbrados historiadores de la insurrección de Venecia.

(4) El general Hess, jefe de estado mayor, el 18 de junio, escribía de Viena al coronel Wratistaw á Milan: « Si la mentecatez del gobernador y del virey y su nulidad de talento no fueran ya conocidas desde mucho tiempo, con tal evidencia aparecerían ahora que es menester quitarles cuanto antes, y poner en su lugar un gobernador que, de acuerdo con el

ruido sordo de una Revolución; tanto que el virey, después de haber publicado la ley marcial, se ausentó abandonando el país al poder militar. Por sí no bastasen las demostraciones de moda, que en su carácter pacífico demostraban sin embargo la unidad de miras que reinaban en todos los ánimos, susurrábase que se habían reunido armas en Milan, que se habían organizado batallones de emigrados en las fronteras; hablábase de notas, de excitaciones oficiales por parte del gabinete francés, y mucho más por el del Piemonte. Sin embargo, los sucesos que siguieron demostraron que no había ni armas, ni inteligencia, ni preparativos: los mismos mazzinistas habían acordado en París no alterar con sus movimientos el pacífico progreso italiano. Pero la chispa que había de ocasionar el incendio cayó súbita y eficazmente como los golpes providenciales, viniendo de donde menos se esperaba.

Viena, la ciudad que se creía materializada en los goces, y servilmente adicta á una dinastía que la hacía capital de un grande imperio, se hallaba cansada de sufrir el absolutismo embrutecedor de Metternich, que haciendo sinónimos gobernar y comprimir, clasificando los hombres según la paga que recibían, reduciendo el gobierno á aduaneros, oficinistas, espías y soldados, lo privaba de su más noble calidad, la iniciativa, y usurpando el nombre de entendido y robusto por negarse á todo movimiento, dejése sorprender en uno de aquellos momentos en que con los abusos caen también las instituciones (1). Ciertas ambiciones de corte y de gabinete favorecieron la opinión liberal, ya enardecida por las diatribas que la Alemania lanzaba contra el gobierno austríaco, y propagada á hervor de la Revolución francesa. Hallándose reunidos los Estados de la Baja Austria, la sociedad política y la industrial presentaron varias peticiones. Ya la Bohemia y la Galitzia habían enviado

capitan general, restablezca rigurosamente el orden, y mande que se forme causa en Palmanova á los que sean conocidos reos de tamaños escándalos... Yo no estaré con sosiego hasta tanto que se hayan reunido al rededor de Milan 25,000 hombres; 25,000 en las guarniciones que hay detrás, toda vez que solo el miedo de las bayonetas puede imponerles respeto. » Y el 31, el mariscal Radetzki: « Diez y seis fuertes al rededor de Milan, con 500 hombres cada uno y muchísima artillería apuntada á la Cúpula, decidirían en último resorto la cuestión italiana entre Austria y el Piemonte, y este tomaría el rumbo de la antigua hamildad, simulada de un modo ú otro... Conforme están las cosas, créase que no ha de restablecerse la tranquilidad sin fuertes sangrías y sablazos alemanes. »

(1) Ya en el año de 1840 un Austriaco, un barón, un empleado, escribía: « El momento de las reformas ha pasado; » aquella política desusada se ha prolongado ya demasiado tiempo; la situación presente no puede durar; tal es la opinión de los más previsores, y no será extraño que un día » en este imperio, que para algunos es la tierra clásica de la » estabilidad, produzcan un estallido las causas más poderosas » de sublevación y disolución. La confianza en el porvenir, la » falta de previsión y solicitud en el gobierno son síntomas » espantosos. En esa política paliativa, una sola idea, un solo » pensamiento desenrolla, y es el deseo de obtener reposo por » el momento, de alejar, no destruir, toda causa de cambio » aunque sea saludable y necesario. Pero tal sistema no pro- » ducirá nada bueno; el vencimiento del plazo llegará, y el » hombre apurado que renueva sus pagarés no impide su » ruina, no hace más que retardarla. » *Oesterreich und sein Zukunft.*

comisionados para reclamar la libertad de imprenta, la de enseñanza y otros derechos, y el ejemplo de los estudiantes de Baviera animó á los de Viena. Una proclama del Húngaro Kossuth, célebre entonces, en la cual se pedía que se reformase el imperio y dejando á las diversas nacionalidades su régimen interior, el gobierno las reuniese en una Confederación, dió una bandera más determinada á los estudiantes, que á pesar de la autoridad declararon en las aulas de la universidad que querían firmar una petición y llevarla á la corte. Esta les opuso primero una negativa y después acudió al habitual expediente de las dilaciones; pero el pueblo de Viena, como quien despierta de un sueño que se avergüenza de haber tenido, alzó su voz poderosa. Los ejércitos estaban á gran distancia; la pequeña guarnición de la capital podía ser cogida en medio de millares de insurgentes; unos cuantos tiros disparados por ella indignaron al pueblo que dió pruebas de inesperado valor y de impetuosa firmeza: de manera que vacilando la corte y los ministros, se obtuvo la expulsión de Metternich y se proclamó en todo el imperio la libertad de imprenta, mandándose organizar la guardia nacional y convocándose una Asamblea general para formar la constitución. Los estudiantes reprimieron los excesos del populacho y de los ladrones; los aplausos, los abrazos, los himnos festejaron aquella victoria; los liberales celebraron su triunfo, y entretanto la corte, confiando el ministro á Pillersdorf y á otros hombres honrados de la antigua escuela, esperaba poder resistir sus grandes exigencias.

El telégrafo llevó á Lombardía las concesiones hechas en Viena, y su disonancia respecto de las amenazas y negativas de los días precedentes mostraba que Austria cubría con las apariencias de concesión lo que solo la necesidad le había arrancado; que debía por cierto hallarse muy apurada cuando entraba en una senda para ella tan repugnante, y que no siendo posible fiarse de su buena fe, solo debía ponerse confianza en el brazo de los ciudadanos. Por tanto estos, presididos por sus representantes municipales, se dirigieron á la autoridad pidiendo armas para la guardia cívica. Fuéronles prometidas, pero cuando volvieron al palacio comunal para recibir las los acometió la tropa, la cual cogió los que pudo y se los llevó á la fortaleza. La indignación precipitó el movimiento ya comenzado, el entusiasmo se convirtió en furor, la esperanza se elevó hasta la independencia, y desplegándose la bandera tricolor se gritó: *Viva Pio IX y mueran los Tudescos!* Los Milanese ebrios de magnánima imprudencia quisieron jugar el todo por el todo, y vengándose del título de cobardes que se les había prodigado, comenzaron una batalla memorable en que con las barricadas y unas cuantas escopetas de caza hicieron frente á gran número de tropas disciplinadas. Ni las armas que se decían almacenadas, ni los emigrados piemonteses ó campesinos,

que según se había propalado no esperaban más que una señal, aparecieron entonces; pero tampoco el enemigo estaba preparado para el combate, y sus escasas municiones, el valor y la unión de los ciudadanos, la probabilidad de que se extendiese la insurrección, la incertidumbre de lo que pasaba en Viena, indujeron al mariscal Radetzky á mandar la retirada. Milan se encontró libre y poseído de un entusiasmo tanto más vivo cuanto menos esperado: Como, después Brescia, Bérgamo y Cremona expulsaron ó hicieron prisioneras sus guarniciones.

El aviso de las libertades prometidas tuvo iguales resultados en Venecia, que se sublevó. El gobernador Palfy, después de haber tratado de ahogar el tumulto en sangre, resignó sus poderes en el comandante Zichy, y este capituló llevándose la tropa austríaca y dejando la caja, las armas y los soldados italianos en Venecia, la cual se vió libre legalmente. Las ciudades de la tierra firme no tardaron en imitarla.

La insurrección de Milan halló eco en el Piemonte, donde fué acogida la noticia con todo el interés de patria y de vecindad. Mostrábase la población impaciente porque el gobierno se apresurase á proteger la provincia vecina contra un exterminio inevitable; ya muchos acudían allá á tomar las armas, ya se la enviaban municiones. Pocos días antes Carlos Alberto, resuelto á entrar francamente en las vías constitucionales, había formado un ministerio bajo la presidencia de César Balbo, el cual solicitó la cooperación de otros veteranos de la nueva causa. La popularidad de estos, sus conocidas intenciones, los deseos manifestados por los Genoveses, les hacían blanco de desmesuradas esperanzas, y como la primera de todas era la realización de la unidad italiana, todos preguntaban si el Piemonte sacaría la espada para conquistarla. ¿No era este el desco que siempre había manifestado Carlos Alberto? ¿No tenía setenta mil soldados, llenos de armas los parques, floreciente el tesoro, un estado mayor incomparable y una oficialidad anhelosa de probar sus armas contra los opresores?

La realidad distaba mucho de la pintura que se hacía en los discursos. La preconizada organización militar del Piemonte no era suficiente para pasar de improviso del estado de paz al de guerra activa; de manera que en aquellas circunstancias azarosas apenas podían ponerse en campaña de doce á quince mil hombres, y de estos una buena parte se hallaba en Saboya para oponerse á la temida irrupción de los Franceses. Ignorábase la descomposición de Austria; no era posible prometerse mucho del resto de Italia, no acostumbrada á las armas; Inglaterra, que había enviado á lord Minto, no para dar mayor impulso al movimiento italiano como se decía, sino por el contrario para aconsejar que se moderase, declaraba que la Lombardía había sido cedida al Austria por los mismos tratados que aseguraban al Piemonte la posesión de Génova, y que tocar á la una era

exponerse á perder la otra. Los socorros de Francia eran temibles porque podían ser fatales para el trono; por otra parte, los previsores habían disuadido siempre al Piamonte de la guerra (1); y para los nuevos ministros era un consuelo saber que Austria no trataba de invadir el Piamonte, el cual podría consolidar tranquilamente la libertad que le había sido dada.

Pero al anuncio de la insurrección lombarda la juventud manifestó sus ímpetus guerreros: si los antiguos liberales temían comprometer con la guerra sus maduras esperanzas, los nuevos la juzgaban convenientísima para el progreso, y en vano el rey y los ministros conocían que pierde la autoridad quien la somete al tumulto (2). ¿Y si Milan sucumbiese? ¿Qué vergüenza para su vecino armado! ¿Y qué haría Génova, la cual había gritado *Con Milan, y si no, no?* ¿Y la compasión no podría convertirse en odio contra el príncipe y hasta hacer proclamar la República?

Mientras se vacilaba entre los consejos de la prudencia y la precipitación de la generosidad, llega la noticia de que Milan se ha libertado por sí misma; que los Tudescos rotos y desordenados van en completa fuga, acosados por las poblaciones resueltas á no dejar vivo ni uno solo. Entónces Carlos Alberto arroja su espada en la balanza de los ministros; anuncia que se pone con sus hijos á la cabeza del ejército que ha de llevar á Lombardía sus socorros fraternales, y que por entónces no había que tratar de galardón ninguno, dejándose para despues de concluida la guerra la decisión de la suerte de aquel hermoso país.

Los demas gobiernos de Italia responden á aquel grito: Pio IX (30 de marzo de 1848) ve la mano del Señor en aquella victoria, y recuerda que « la concordia es causa primera de

(1) « ¿Qué es lo que teme Austria? ¿Acaso que Carlos Alberto ó cualquiera otro príncipe italiano empuñe la espada para echarse sobre la Lombardía? ¡Bah! bien sabe que tal tentativa no es hoy posible, y que ideas de este género no pueden entrar ni caben en la mente de un príncipe tan ilustrado como el de Cerdeña. » ГИОВЕРТИ, *Jesuita moderno*, tomo III, pag. 877.

Balbo en las *Esperanzas* rechazaba enteramente la idea de una guerra ofensiva: Durando fundaba todas sus combinaciones estratégicas en el supuesto de la guerra defensiva, y el periódico el *Risorgimento*, órgano de uno de los ministros, decía el 18 de marzo: « El primero que proclame la guerra en Italia, comprometerá la suerte del mando y desconocerá los santos é indestructibles principios que nos aseguran una completa, infalible y próxima victoria... Austria se manifiesta sorda á las amenazas como á los halagos; no se commueve, aguarda su época y su ocasión con prudencia imperturbable. Ahora bien, de todos sus deseos el mas ardiente es el de verse atacada por nosotros... Esto solo podría reanimarla. »

(2) « Nadie ignora cuán importante es para consolidar la verdadera libertad en un Estado, quitar toda su fuerza y preponderancia á los movimientos populares. » SANTA ROSA, *Revolucion piamontesa*. « Pueblos y gobiernos deben tener siempre presente esta regla de conducta tan provechosa, á saber: desconfiar de quien los adula y atender á quien los amonesta y reprende. Nótese bien: cuando son acariciados con afectuosa ternura, cuando se sostiene demasiado fervorosamente su causa, es señal de que se pretende que sirvan de instrumentos á miras é intereses que no son los suyos. » BÄLMES, *El protestantismo comparado con el Catolicismo*.

» toda estabilidad y de toda prosperidad, que
» solo la justicia edifica y las pasiones destruyen: » el duque de Parma (25 de marzo de 1848) deplorando « el breve tiempo que la
» necesidad y la posición geográfica y política
» de su país le habían tenido sujeto á la influencia extranjera, » promete ir con su hijo al socorro de los Lombardos: Leopoldo (5 de abril de 1848), gran duque austriaco, excita á los Toscanos á « no permanecer en ocio vergonzoso, mientras se decide la santa causa de la independencia italiana y volar al socorro de sus hermanos Lombardos: » Fernando de Nápoles invita á los suyos á acudir á las llanuras de Lombardía, donde se va á decidir la suerte de la patria comun; y exclama (7 de abril de 1848): « Union, abnegación, firmeza y conseguiremos la independencia de nuestra bellissima Italia, y veinticuatro millones de Italianos tendrán una patria poderosa, un riquísimo patrimonio de gloria comun y una nacionalidad respetada. »

Santo concierto de príncipes y pueblos, que firmes en su resolución y armados de largos padecimientos, suspiraban por la gloria viril de las batallas para que Italia fuese, no trofeo de victorias ajenas, sino redimida por el brazo de sus propios hijos.

CAPÍTULO XXXV

Desastres de Italia.

La victoria era mucho menos fácil que el triunfo. Unos cuantos jóvenes lombardos de valor espontáneo é inteligente se lanzaron en pos del enemigo fugitivo; pero los campesinos no secundaron el impulso de las ciudades de la Alta Lombardía, y Radetzky no viéndose ya atacado, pudo llegar al Mincio, y dentro del formidable cuadro que forman las fortalezas de Peschiera, Mantua, Legnago y Verona reanimar el espíritu de sus tropas, esperar otras nuevas y disponerse para la ofensiva. El ejército piamontés, no bien preparado y mucho mas escaso de lo que se esperaba, llegó tarde, y extendiéndose por la orilla del Adigio en una línea de treinta y seis millas, comenzó una guerra lenta de posiciones, en que la incapacidad estratégica hacia inútil el valor, que se mostró insignemente siempre que hubo que combatir. Cuando la victoria era el único objeto y á ella debía dirigirse el ímpetu nacional, no se supo ó no se quiso efectuar el levantamiento en masa; el ejército regular hizo muy poco caso de los voluntarios que con gran prevision marcharon á defender los pasos de los Alpes, no obstante que se vió que el enemigo se aprovechaba de los servicios de soldados improvisados entre los jóvenes de las escuelas austriacas y de las herrerías estirias; en vez de agregar los nuevos reclutas á los cuadros del ejército, se formaron cuerpos distintos, cuya organización

caminó muy lentamente; la imprudente confianza en nosotros mismos y el desprecio imprevisor al enemigo nos adormecieron; cuando todos debían haber ofrecido sus haberes y su sangre para la redención nacional, se regateaba en materia de contribuciones (1), y jóvenes robustos no se avergonzaban de permanecer en sus hogares ostentando sus galas de ser guardias nacionales.

Prontas nubes ofuscaron aquel falso sonrosado con que se colora el alba de toda revolución. Muchos de aquellos que por moda ó por distinguirse habían invocado la tempestad, se asustaron al verla desencadenada, y presagando en vista de la fermentación de Francia que también en Italia se entronizarían la guillotina ó el comunismo, se desviaban de aquellos á quienes proseguían llamando hermanos. La plebe, lisonjeada con promesas de alivio y bienaventuranza y no advertida de la necesidad de gravísimos sacrificios, odiaba á los mentirosos autores de tales promesas. Los gobiernos corruptores perjudican el porvenir, porque en el momento de cambiarlos no se encuentran hombres capaces de representar la nueva era; el vulgo no sabe tolerar los inconvenientes que acompañan al bien y los trabajos con que es preciso conquistarlo, é intereses lastimados, costumbres interrumpidas impiden la armonía y el concierto necesarios en tales ocasiones.

En sociedades de esta manera educadas, las cualidades negativas prevalecen sobre las positivas; el hombre que nada hace y nada puede, es no mas estimado, sino menos vilipendiado que el que puede y hace; no se quiere dejar impune á quien sobresale entre la medianía que se adorna con el nombre de igualdad, y la sátira se encarna contra la actividad y la exaltación de los nobles sentimientos. Los Italianos se habían habituado á odiarse, á ridiculizarse mutuamente, á temer el desprecio de gente despreciable; los fabricantes de artículos periodísticos habían propagado insinuaciones malévolas y denigrantes contra los que no se resignaban á pedir perdón de su superioridad, y así los hombres generosos, además de ser poco expertos en los negocios, en las armas, en la vida política, quedaban eliminados por su propio despecho ó por las sospechas ajenas en el instante mismo en que mas necesaria era su cooperación. Antiguos amantes de la libertad la acogieron con austero culto; pero otros lanzados de la idolatría del absolutismo á la idolatría de la soberanía individual, la abrazaron como una ramera, creyeron prueba de igualdad el insolentarse con los hombres de valía, y para llegar de un salto á la posición en que estaban los que habían pasado por los martirios de la persecución pública y privada, los declara-

(1) En la cámara de Turin fué desaprobadado como *lujo de sacrificios* el mandar mas soldados. En la Lombardía se pidió una villa de plata á los particulares, mientras que el país, el año siguiente pagó á los vencedores 80 millones además del impuesto ordinario.

raban ineptos para las nuevas circunstancias, los llamaban, no á juicio, sino al suplicio, en los cafés, en los periódicos, por do quiera donde se empleaba la lengua y no el brazo, y á fuerza de frases convencian al vulgo de que los nuevos liberales valían mas que los antiguos.

De algunos años á aquella parte, pero mas en los dos últimos, se había apoderado de Italia como un parasismo el afán de hacer ruido, afán que mentía la actividad de la gloria, y se manifestaba la charla sonora y con aquellas exageraciones que inspiran odio á la verdad y hacen á los hombres inhábiles en la práctica; porque nada es mas repugnante á la vaguedad de las ideas que la realidad. Educados en la declamación, muchos Italianos declamaban hasta cuando había necesidad de obrar, y redundantes en palabras como sucede á los que carecen de ideas, comenzaron á suscitar disputas, en que el buen sentido era siempre el derrotado.

La opinión de los que pretendían dictar leyes al público se formaba con arreglo á los periódicos de Francia; solo á aquella nación se concedía admiración y estudio; no se conocía mas constitución que la suya, y como en ella se hacía consistir el liberalismo en la oposición sistemática, los que hacían esta oposición cuando era peligrosa, quisieron continuarla cuando el arma prohibida se convirtió en arma de honor.

Á los nuevos gobernantes se agregaban una multitud de servidores de los antiguos, que no querían caer con estos; perseguidos verdaderos ó falsos pedían indemnizaciones; estadistas improvisados ofrecían consejos, y algunos mercaderes especulaban con las armas, con los empleos, con la publicidad, con la fama.

Penetraron también del extranjero elementos heterogéneos, y en un país donde el clero se había mostrado siempre en las primeras filas del pueblo, se chocó contra el clero; en un país que hacía ochenta años no conocía de la aristocracia mas que la insignificante casualidad del nacimiento, se sembraron rencores contra los nobles y sus pretensiones, dividiendo también los ánimos para enervarlos. En aquellas horas tormentosas en que los acontecimientos crean los dictadores, tomaron el gobierno de cada ciudad las personas que se hallaron ó quisieron hallarse en una posición llena de peligro sin ventaja alguna, y cuyo resultado había de ser la impopularidad. Para centralizar la resistencia y el mando, el gobierno provisional de Milan tuvo que vencer los celos, que son la cizaña de toda flor de esperanza italiana, y hacer que cada provincia le enviase un diputado. Fueron estos elegidos, no entre aquellos que habían deseado ó intrigado, tampoco entre los que habían esperado; algunos de ellos habían sido blanco de los tiros de la imprenta demagógica: lo cual prueba que no era hija de las conjuraciones aquella sublevación enfo-